

ASPECTOS LITERARIOS DEL PRIMER REGENERACIONISMO (1890-1901)¹

Cecilio ALONSO ALONSO

En el léxico político que configura las aspiraciones modernizadoras de la sociedad española durante la segunda mitad del siglo XIX, el término «regeneración» aparece sujeto a alternativas excluyentes. Por un lado, lo encontramos referido a un sentimiento posrevolucionario de autosatisfacción liberal (más intenso después de 1854); por otro, se nos muestra como expresión progresista de aspiraciones pendientes, volcado hacia lo porvenir con un sesgo utópico y radical, que alcanza su mayor actividad en el último decenio del siglo. La cosa puede complicarse más si recordamos que *La Regeneración* fue también el título de un influyente diario neo-católico, de confesión carlista, fundado y dirigido por Canga Argüelles, publicado entre 1855 y 1874. Obviamente no me voy a ocupar aquí de esta tendencia reaccionaria, nostálgica, que pretendía volver a los tiempos de Calomarde, pero no está de más recordar la discordancia polivalencia del término en el lenguaje político de aquellos años. Porque es en el lenguaje político donde el concepto regeneracionista se fragua y cobra sentido, tanto que su extensión al ámbito literario ha gozado de poco predicamento, pues fácilmente se sospecha la escasa especificidad formal de una «literatura regeneracionista» diferenciada, fuera del ensayo político-doctrinal que le sirve de instrumento natural. Sólo a propósito de la narrativa, el profesor Leonardo Romero (1977), en un excelente estudio por el que no pasa el tiempo, logró establecer firmes criterios para aislar los componentes literarios de una serie de novelas de intención política arbitraria, publicadas en el último decenio del siglo, deudoras del realismo y del folletismo, donde ya aparecían algunos rasgos subjetivistas o simbolistas que anunciaban la renovación del género consolidada a principios del XX. Algunas de estas

¹ Conferencia impartida durante el curso «Restauración y colonialismo. Los precedentes del 98», celebrado en Huesca del 17 al 20 de noviembre de 1997 y organizado por la Fundación Joaquín Costa y el Centro de Profesores y Recursos de Huesca.

novelas trataban de establecer una relación dialéctica entre los males de la patria, sus causas y remedios, incorporando, con escasa preocupación estética, motivos tópicos de los programas regeneracionistas: instrucción, reforma agraria, política hidráulica, etc. En el aspecto histórico-literario, su interés principal radicaría en ser antecedente inmediato de la narrativa «noventayochesca», cuya calidad artística siempre ha sido incuestionable. Se trataría, por tanto, de un oscuro fenómeno de transición, no significativo en la historia literaria, producto de un periodo en el que se acelera la crisis del positivismo y cunde la desorientación estética entre los jóvenes discrepantes que aspiran a dirigir la opinión desde el periódico y la política. Fenómeno que, además, discurría bajo el peso persistente de la tendencia naturalista, que veía en la novela el vehículo literario más efectivo para divulgar ideas de progreso a partir del análisis de la realidad, dando cauce a una literatura de trascendencia cívico-social.

En los últimos años del siglo XIX, la oposición entre los términos «degeneración»/«regeneración» funcionaba de modo distinto, según se tratara de arte o de ideas políticas. El «decadentismo» estético poseía mayor atractivo para la juventud inquieta que el severo moralismo de los regeneradores. Por su parte, éstos, al tiempo que propugnaban la «modernización» legal y tecnológica de la colectividad española, desconfiaban del «modernismo» literario, considerándolo retrógrado, irracionalista, decadente y, en el aspecto formal, un disparatado pastiche. A la recíproca, los jóvenes «modernistas» rechazaban la ampulosa retórica enraizada en el Sexenio, aunque los más radicales de ellos comulgaran con sus ideas «nacionales», dando lugar a las contradicciones que tanto dificultaron la formalización historiográfica y crítica de aquel debate, todavía más complicado con la invención del concepto *Generación del 98*. Puestos a arriesgar una primera hipótesis, para distinguir las actitudes de los regeneracionistas de mayor edad (Costa, Mallada, José María Escuder, Macías Picavea, Queral, etc.) y las de los jóvenes intelectuales de la Regencia (Martínez Ruiz, Blasco Ibáñez, Baroja, Manuel Bueno, Maeztu, etc.), coincidentes todos ellos en su voluntad crítica contra el sistema de la Restauración, yo diría que los primeros se definen preferentemente por sus posicionamientos reformistas de la Administración del Estado y de la infraestructura agraria, desde la perspectiva e intereses del propietario-productor, mientras que, al menos inicialmente, los jóvenes intelectuales iconoclastas se manifiestan desde la desarticulación social, con rebeldía de hijos de familia acomodada, siempre cerca de la provocación y la protesta radical (contra Montjuïc o contra la guerra colonial); quizás emprendían éstos su obra con mayor dimensión libertaria, pero su desgarrado expresivo tenía algo de pose gratuita que remitía a inefables ideales, propiciando futuras conversiones a otros credos y otras estéticas. En conjunto, esta aleatoria confluencia de talentos críticos, viejos y nuevos, parece responder a una situación arquetípica de relevo generacional en el amplio sector de progreso de origen republicano, librepensador o krausista, desplazado del poder desde 1874.

Así pues, en líneas generales, la literatura escrita por regeneracionistas durante el periodo que llega, más o menos, hasta la entronización de Alfonso XIII

tendía más a la funcionalidad doctrinal que a la búsqueda de la morosidad estética. Consecuentemente, a nadie, en aquellos momentos convulsivos del fin de siglo, se le ocurría reclamar la sistematización de los valores artísticos del regeneracionismo. Desde luego no se le ocurrió a Joaquín Costa, poco amigo de emitir juicios literarios, que confesaba a Rafael Altamira no entender de novela, en carta del 24-10-1897 exhumada por Cheyne,² donde le anunciaba el envío de un ejemplar de *La ley del embudo* para que entre él y *Clarín* determinasen su valor y significación «en la novelaría contemporánea». Porque de su interés político, claro está, no tenía la menor duda: en el prólogo que el propio Costa escribió para la novela de Pascual Queral, se apresuraba a advertir que ésta no se trataba de una obra de «mero entretenimiento» sino de «una sátira política y un catecismo doctrinal»³ que analizaba la desigualdad de los ciudadanos ante la ley propiciada por la «inmensa llaga del caciquismo». Las ideas literarias de Costa estaban sometidas a los intereses nacionales. Como observó Pérez de la Dehesa (1966, pp. 52-56), en su pensamiento la literatura, lejos de ser un objeto primordialmente estético, se convertía en fuente privilegiada para el estudio del derecho, de la historia y de otras tradiciones vivas del espíritu popular, colectivo, que presuponían un poeta hecho nación, raza, humanidad, desprendido «de todo elemento egoísta y particular», empapado de sentido universal histórico». Sabido es que su idea de «novela nacional» (Romero, 1977, pp. 158-161; Sánchez Vidal, 1984; Mainer, 1987) atribuía al género narrativo la función de «restablecer el concepto del país» mediante un ejercicio literario ameno, a caballo de lo histórico y lo científico, pero centrado en el análisis y explicación didáctica del pasado. De este modo, la incertidumbre individualista de la moderna estética escapaba a sus inclinaciones historicistas, aunque ambas tuvieran idéntica raíz romántica. Claro es que la frustración de sus propios proyectos narrativos relativiza la repercusión práctica de estas ideas entre sus contemporáneos, al quedar sus manuscritos incompletos e inéditos, sin el contraste de los correspondientes actos de recepción. De ahí que su incuestionable interés para estudiar las oscilaciones internas de su biografía intelectual no lo sea tanto si se pretende partir de ellos para establecer los rasgos de una preceptiva regeneracionista.

Y, si tratamos de poesía lírica, en otro célebre prólogo, el que puso a los ensayos del publicista cántabro Ramón Sánchez Díaz (1906), reunidos bajo el título de *Juan Corazón*, matizaba Costa su posición ante los poetas del fin de siglo, lamentando que, tras la crisis colonial, hubieran renunciado a «llorar y conmover, y producir iras» para contribuir a la epopeya de la resurrección social y política nacional: «co-

² G. J. G. CHEYNE, *El Renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1992, p. 98.

³ P. QUERAL Y FORMIGALES, *La ley del embudo*, pról. de Joaquín COSTA, ed. de Juan Carlos ARA TORRALBA, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1994, pp. 7-18.

mo la indignación hace versos —escribía— [...] podría quizá también hacer nación. Lo uno se corresponde con lo otro».⁴

Queda bien patente, y no descubro nada, que el criterio literario de Costa era explícitamente ideológico y no es difícil convenir, como segunda hipótesis, en que si hay alguna posibilidad de admitir algún tipo de literatura regeneracionista en estado puro ésta sería la que que respondiera a una voluntad expresa de ilustrar postulados procedentes de la práctica política —reformistas (o arbitristas)—, como son los casos de Queral, Macías Picavea, Altamira o del propio Costa, cuya hipertrofia narrativa en sus borradores novelescos es la mejor prueba de su desencuentro con la estética. Y no porque la desestimara, como prueba algún pasaje de su epistolario con Blasco Ibáñez, cuando confiesa su admiración, o acaso envidia, por la facilidad fabuladora de la historia antigua de que hacía gala el autor de *Sónnica la cortesana*, cuya erudición de acarreo, sin embargo, distaba mucho del profundo conocimiento que Costa tenía de la España prerromana.⁵

Ni siquiera el crítico regeneracionista más perspicaz, el citado catedrático de Oviedo Rafael Altamira, pierde tiempo en ensayar la formulación de un sistema estético coherente con la ideología regeneradora provocada por la crisis de la Regencia. Incluso parece negar su existencia. En todo caso, se podría hablar de una literatura «durante la Regencia», pero no de una literatura específica «de la Regencia».

Cuando en 1898 soplaron vientos de tormenta sobre España y el fangal en que nos habíamos metido se hundió todavía más bajo nuestros pies, pudo creerse que el alma nacional se estremecería hasta lo más profundo y reflejaría sus dolores y sus indignaciones en la literatura. No fue así, bien lo sabemos. La literatura del desastre y de la regeneración ha sido muy exigua, casi nula. Los poetas, los novelistas, los dramaturgos, sobrecoídos por la enorme pesadumbre de la desgracia, faltos de fe en el porvenir, desconfiando de la patria misma, callaron casi todos. Las ideas hablaron otro lenguaje, tal vez más necesario, y en la literatura apenas dejó huella la terrible sacudida.⁶

Es decir que, para Altamira, el regeneracionismo se había manifestado en el ensayo político, mientras que los géneros literarios tradicionales ofrecían un panorama disperso, difícil de sintetizar, sin unidad ni escuelas, al que sólo cabía aplicar la óptica positivista de la valoración individual.⁷ No obstante, sí se atrevió a tipificar

⁴ Por lo abstracto de la alusión, es difícil suponer a qué poetas trata de responsabilizar, pero es evidente que Costa se olvidaba —seguramente por demasiado intimistas y retraídos— algunos intentos de Manuel PASO (1902) o de Vicente MEDINA (1898), que dejaron leve constancia de la actitud que echaba de menos. Quizás hubiese preferido una poesía épico-lírica con un componente más heroico y vibrante, al estilo de FERNÁNDEZ VAAMONDE (1899). Recuérdense también los reproches de COSTA a la deserción de los intelectuales en su *Resumen de la información de «Oligarquía y caciquismo»* (ed. de Alfonso ORTÍ, Madrid, Revista de Trabajo, 1975, I, pp. 221 y ss.). Costa parece salvar a Rueda y apoya sus argumentos en un artículo de Sinesio DELGADO, «¿Y los poetas? (*Vida Nueva*, 8-1-1899), y en otro de Manuel BALMES, «Las arpas mudas» (*Diario de Avisos de Zaragoza*, 1-9-1902). Cf. *op. cit.*, nota 78, p. 222.

⁵ Véase carta de J. Costa a Blasco Ibáñez, 9-1-1902, en mi artículo «Costa y Blasco Ibáñez: Una secuencia epistolar (1902-1904)», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 6 (1989), p. 163.

⁶ Rafael ALTAMIRA, «La literatura española durante la Regencia», en *Psicología y literatura*, Barcelona, Henrich y cía., 1905, pp.137-138.

⁷ *Ibíd.*, *id.*, p. 141.

los subgéneros narrativos vigentes durante el periodo, distinguiendo: a) erotismo de raíz naturalista; b) una corriente de renovación espiritualista; c) novela política; d) novela regionalista, y e) novela filosófica y social. Distribuidas con cierta imprecisión en estas tendencias, mencionaba obras de Galdós, Macías Picavea, Gutiérrez Gamero, Blasco Ibáñez, Pío Baroja, Valera, Ganivet, Unamuno, Martínez Ruiz, etc. Que en esta tipología se admita la existencia de relatos de contenido político, filosófico y social podría suponer un ligero resquicio para llegar a unos presupuestos estéticos propiamente regeneracionistas. Pero no nos confiemos, porque la tendencia a relacionar literatura e ideas pertenece plenamente a la tradición realista, como el propio escritor alicantino había constatado en 1891.⁸ En lo que Altamira aventajaba quizás a Costa, al menos en su planteamiento teórico, era en la convicción «modernista» de que la literatura de ideas también debía suscitar emociones, evitando el convertirse en un simple *sermón laico*,

de modo que, en vez de rebajar o pervertir, eleve, edifique y hable al alma; al alma, es decir, no sólo a la cabeza. (p. 56)

Afirmación que parece esconder una sutil concesión a la intuición simbolista, que propende a la idea sin explicarla ni agotarla del todo.

Ante la parquedad de programas estéticos, quizás lo más prudente, remediando a Altamira, sería hablar de «literatos regeneracionistas» más que de una literatura con dicha etiqueta. Pero tampoco está de más admitir un extenso e impreciso movimiento modernizador que, a partir de los años ochenta, sería germen indistinto, por un lado, del criticismo intelectual provocado por el proceso de Montjuïc y por las guerras ultramarinas; por otro, del estetismo modernista —entendido éste como rechazo generacional del estilo del primer realismo y, por tanto, también como una especie de «regeneración» de la lengua literaria, que no era ajena a la renovación del espíritu nacional.

Según esto, los escritores de cuño regeneracionista, en sentido estricto, serían epígonos de la retórica del 68, más que auténticos renovadores del lenguaje. Y sin embargo no sería justo mantener este aserto sin matizaciones, porque las transiciones entre las diversas fases del gusto literario no son bruscas y hasta en esa biblia regeneracionista de Macías Picavea que es su novela *La Tierra de Campos* encontramos indicios de una predisposición hacia la sensibilidad «modernista», que está transformando el concepto histórico-liberal de la decadencia nacional, en sensación «decadentista» angustiada. Como hemos visto, Altamira ya tenía conciencia de este fenómeno, aunque en su experiencia como narrador (*Reposo*, 1903) no acertara a superar los límites del denostado sermón laico, que teóricamente rechazaba.

Pero, antes de ir más lejos, volvamos a la cuestión que invocaba al comienzo: la relación semántica del término regeneración con el de decadencia, implícita en el

⁸ Rafael ALTAMIRA (1893, pp. 43-57), «La literatura y las ideas».

pensamiento político y en la historiografía liberal del XIX. Hacia mediados del siglo, *decadencia* y *regeneración* se veían, desde posiciones ideológicas distantes, como fenómenos históricos complementarios. Hay un sustrato común entre el joven liberal Antonio Cánovas del Castillo, que en 1854 publicaba su *Historia de la decadencia de España*, y el utópico federal Fernando Garrido, que, bajo el seudónimo de *Evaristo Ventosa*, daba a conocer, seis años más tarde, su ensayo sobre *La regeneración de España*. En esta fase de optimismo burgués, que coincide cronológicamente con la difusión del realismo literario, la decadencia parecía un demonio del pasado, en vías de ser conjurado por el progresismo de 1854 y por la euforia imperialista de la *Unión Liberal*. La regeneración, aunque amenazada, parecía ya en marcha gracias al desarrollo de la revolución burguesa. Bien claro lo dejaba el visionario Garrido cuando creía ver en España una de las naciones donde más se sentía «brotar la savia de esta nueva vida», destinada a ser uno de los miembros «más activos en la gran confederación europea» con que su utopismo soñaba:

[...] es llegado para España el momento, en que su Regeneración, llevada a término, dé los apetecidos frutos. [...] Nuestra fe en los destinos de España [...] está consignada en el carácter de ese pueblo que luchando tan desventajosamente, ha sabido arrollar [...] todas las trabas que se oponían a su emancipación, a la instrucción y al bienestar sólido de la generalidad. (Garrido, 1860, VI-VIII, pp. 388-389)

Obsérvese que «regeneración» y «emancipación» se nombran en tiempo pasado, como logros del liberalismo emergente.

En cambio, Garrido (1867, pp. 969-972) se lamentaba de la pobreza ideológica que, a su modo de ver, había aquejado a la literatura progresista hasta 1868: el «veneno de rancias ideas» difundido por el romanticismo había dado lugar al contrasentido de que la juventud liberal hubiera combatido la teocracia carlista al tiempo que ensalzaba «el castillo feudal» poetizando «aquella edad de barbarie en que imperaron los señores de horca y cuchillo»:

Cuando España renacía a la libertad, la esperanza había muerto en el corazón de sus poetas cantores de desesperación y de muerte. [...] Desde el romanticismo de nuestros poetas liberales al neocatolicismo no había más que un paso, y casi todos lo han dado. La literatura de los progresistas no ha producido nada notable, porque carecía de filosofía [...].

Argumentos similares habían de repetirse en las voces regeneracionistas de los años noventa —desde Pompeyo Gener a Joaquín Costa—, cuando denunciaban, desde postulados pretendidamente científicos, el decadentismo y la degeneración de la literatura finisecular o el carácter evasivo del modernismo neorromántico. Y es que, desde la óptica política progresista del XIX, era más fácil entender la subordinación de lo poético a lo político que admitir las contradicciones de la función poética como forma autónoma de conocimiento, propia de la modernidad. Y, precisamente, en afrontar esta dificultad quizá se halle el aspecto más sugestivo del compromiso asumido por los jóvenes intelectuales de la Regencia.

Pero ¿qué había ocurrido entre 1860 y 1890 para que el término «regeneración» perdiera su contenido semántico optimista? El prematuro sueño de la unión

européa se había disipado. Los demócratas del 68 fracasaron en sus planes de acelerar el progreso nacional. La crisis se había agudizado por los restrictivos pactos políticos de la Restauración borbónica. Renace el sentimiento de decadencia y el término «regeneración» cobra un sesgo apocalíptico, que desconfía de los instrumentos políticos de la democracia canovista y propone vanas medidas arbitristas, dada la impermeabilidad del poder establecido a las discrepancias de la izquierda burguesa. No deja de ser revelador que las voces más autorizadas de este primer regeneracionismo provengan de los derrotados del Sexenio, quienes, sólo a mediados del último decenio del siglo, comenzarán a encontrar los primeros ecos en jóvenes escritores de la «promoción de la Regencia», por seguir utilizando la atinada denominación propuesta por Rafael Altamira (1905). Por tanto, se pasa de una cierta autosatisfacción liberal, que contempla la regeneración como un logro real, aunque perfectible, a la angustiada postración del fin de siglo, en medio de una regresión depresiva que reaviva el mito decadentista, planteando la urgencia de una nueva y más efectiva acción regeneradora.

En síntesis, habría que distinguir en los productos literarios de este primer regeneracionismo, anterior a 1902, por un lado, una tendencia doctrinal, con tesis explícita y mínima cobertura literaria, donde la ficción se sujeta a claves fácilmente objetivables y descifrables (como ocurre en las novelas de Rizo y Penalva, Macías Picavea o Queral); y, por otro, una tendencia irónica, cuya intención política se subordina a la «verdad literaria», en un acto de voluntad estética que deja entrever la crisis del sujeto, a veces en un tipo de discurso que puede bordear el pesimismo, expresando así, con más o menos patetismo, la crisis de la razón (caso de José Nogales, a mi modo de ver; y, quizá, más allá de las etiquetas generacionales, los de Martínez Ruiz y Pío Baroja en su obra más temprana). Ahora bien, cuando esta voluntad de incidencia cívica se desvía hacia la estética modernista y la sugestión simbolista, viene a ser como la expresión de una impotencia. La dificultad de articular un discurso racionalista en el plano socio-político conduce a la indeterminación y al pesimismo, factores que impulsan a los escritores más jóvenes a hacerse fuertes en soluciones preferentemente literarias: la verdad del arte y el reino interior. O a buscar, como Llanas Aguilaniedo, soluciones de compromiso que pongan a salvo la emoción estética.

Dichas tendencias pueden encarnarse indistintamente en un héroe modernizador, que aborda sus objetivos trascendentes desde una doble perspectiva: moral y técnica. Este héroe positivo es, por lo general, destruido o frustrado por la resistencia de sectores inmovilistas y reaccionarios, anclados en intereses e ideologías rurales, siguiendo el modelo galdosiano de *Doña Perfecta*. Es un héroe a la contra, que viene a proponer un relevo generacional (Serrano, 1983), un rechazo de lo viejo, un redescubrimiento de la tierra nativa. Pero también podemos encontrar el héroe cínico que, tras intentar cumplir con su conciencia, renuncia a la lucha para acomodarse al sistema (como ocurre en las primeras novelas de Emilio Gutiérrez Gamero). El consiguiente discurso enhebrado por este tipo de héroes débiles da lu-

gar al antiejemplo y suele permitir la denuncia de la corrupción con rasgos deformantes o satíricos.

Al regeneracionismo puro, por su proyección hacia el futuro y su raíz utópica —optimista por definición—, le resultaba difícil eludir un discurso aleccionador y esquemático, poco atractivo para las incertidumbres del artista caído y ensimismado que se venía perfilando en la literatura fin de siglo. Quizás por ello, algunos jóvenes de acusado temperamento artístico, como *Azorín* o Baroja, pudieron pasar en tan poco tiempo desde el racionalismo regenerador de sus primeras campañas periodísticas a un estilo personal regido por leyes exclusivamente imaginativas. Los compromisos ideológicos que pudieron asumir más tarde —el *Azorín* maurista; o el lerroouxismo efímero de Baroja en 1910—, aunque residuos de una voluntad regeneradora, ya no afectaron sustancialmente a la línea de flotación de sus respectivos proyectos estéticos ni les impidieron congregarse grupos de lectores incondicionales alrededor de sus obras, estimadas por sí mismas antes que por la adscripción ideológica de sus autores. Por el contrario, quienes se mantuvieron en sus trece, regeneracionistas a machamartillo, o fueron demasiado cándidos al expresar literariamente sus buenas intenciones reformistas perdieron el favor del público. Dramático fue el caso de Ramón Sánchez Díaz, prometedor intelectual regeneracionista, que prácticamente dejó de escribir tras el fracaso de su última novela, *Jesús en la fábrica* (1910), cuyo héroe tenía el defecto de ser demasiado bueno, demasiado ejemplar, pese al esfuerzo del autor por crear a su alrededor un ambiente transfigurado por el lirismo de su prosa. Hubo que esperar al segundo regeneracionismo (el que se consolida en torno al reformismo de 1914, con aportaciones de Felipe Trigo, López Pinillos, Ciges Aparicio, Eugenio Noel, Pérez de Ayala, Antonio Machado o Federico Oliver) para encontrar otras propuestas de literatura testimonial, que supusieran un paso adelante en la armonización de la denuncia política con la renovación estética del realismo crítico (a través de líneas expresionistas, casticistas o intelectualistas).

Seguramente, de todo lo dicho sólo podemos sacar en claro la convicción de que cuando hablamos de literatura regeneracionista lo hacemos preferentemente de literatura politizada y terapéutica, como ilustración de ideas que entonces se solían sentir como de progreso democrático y racionalización administrativa, aunque el impulso patriótico que las guiaba —apremiado por un nacionalismo populista y neorromántico, en tiempos de crisis aguda— pudiera derivar contradictoriamente hacia propuestas redentoristas que implicaban la suspensión del régimen parlamentario: dictaduras tutelares, políticas quirúrgicas o escultores de pueblos, héroes ganivetianos o espartacos libertadores, al modo de Qüeral.

Más o menos desde esta perspectiva, el crítico Eduardo Gómez de Baquero pudo detectar la aparición de un nuevo subgénero narrativo que bautizó, en 1899, como «novela de costumbres políticas» —quizá la manifestación literaria más vinculada al impulso regeneracionista—, cuya evolución alcanza los años de la dictadura de Primo de Rivera y conecta con la llamada «novela social», con la que coin-

cide en su carácter crítico-programático, en la exaltación de héroes prometeicos y del trabajo como instrumento redentor. Pero, mientras el modelo literario regeneracionista limitaba su acción al medio agrario o provinciano, señalando como agentes perturbadores a aristócratas y caciques, poseedores de la tierra, en defensa de los pequeños propietarios y comerciantes pequeñoburgueses, la literatura social —aunque, por su propia vocación testimonial, no se desentendiera de los conflictos del mundo campesino— era antiburguesa, revolucionaria y patentizaba la lucha de clases con activa presencia proletaria.

Decíamos que Gómez de Baquero ensayó una primera definición de esta «novela de costumbres políticas» a propósito de *El ilustre Manguindoy*, la segunda obra de Gutiérrez Gamero (que reseñaba, por cierto, sin haber leído la primera, *Sitilla* —1897—, mucho más consistente como producto literario y no menor contenido político). El crítico de *La España Moderna* asociaba la actualidad de esta clase de relatos, por aquellas fechas, al auge que los mismos habían cobrado en Francia, en el contexto del *affaire* Dreyfus.⁹ Y no era que en España, durante la Restauración, hubieran faltado novelistas como Galdós, Pereda, Palacio Valdés, Octavio Picón, el padre Coloma, Campión o Macías Picavea..., interesados por el cultivo de la realidad contemporánea, pero sus aportaciones se habían limitado a incorporar «algunos accesorios para la perspectiva general de sus obras», sin abordar el asunto político en toda su extensión. Este signo parecía estar cambiando con la aparición de un cierto tipo de relato en clave, con tendencia a personalizar, que se proponía afrontar la corrupción del sistema político, insinuando, o predicando, la necesidad de su regeneración. Su característica más acusada era la viva pintura de rasgos, más o menos anecdóticos, tomados de la realidad. En verdad, Gómez de Baquero no se decidía a una caracterización minuciosa, sino que se desviaba hacia otros escrúpulos con ribetes deontológicos, en el centro más polémico de la nueva corriente: ¿tenía el novelista derecho a retratar a personas reales, confundiendo realidad y ficción? Cuestión ésta que amenazaba desbordar los límites genéricos y la norma de toda crítica ordenada:

Si no es lícito retratar a uno sin su anuencia, o sea, reproducir su figura física, menos ha de serlo retratar o representar, además de ésta, la intimidad de su vida privada, de sus hábitos y costumbres, y la intimidad más *íntima* todavía de su espíritu y vida interior, y esto con tanto mayor motivo, cuanto que estas representaciones literarias [...] suelen ir, casi siempre, acompañadas de la sátira, por donde los modelos son puestos en cierto modo a la vergüenza pública, o, cuando menos, entregados a la risa y zumba de los lectores. (Gómez de Baquero, 1899, p. 114)

Pese a estos aparentes escrúpulos, Gómez de Baquero llegaba a insinuar la amoralidad del arte, aconsejando a sus lectores juzgar los medios artísticos en relación con sus fines propios, lo que no dejaba de ser una «modernísima» apreciación.

⁹ Gómez de Baquero aludía a la novela del aristócrata Melchior DE VOGÜE, *Les morts qui parlent*, publicada en *Revue de Deux Mondes*, que reflejaba las tendencias antiparlamentarias y militaristas extendidas en la política francesa en el último decenio del siglo.

A su juicio, en el caso de la novela de costumbres políticas, la sátira se trataba de un instrumento cuyo proceso mental era, en principio, ajeno a la abstracción: requería la observación de modelos concretos y su fuente principal era la experiencia, de manera que el vicio se representaba casi siempre con los rasgos del sujeto en quien había sido observado. Su discurso justificativo del subgénero que trataba de definir le llevaba a diferenciarlo del costumbrismo, que sólo se ocupaba de vicios y debilidades comunes cuya misma generalidad propiciaba la abstracción, haciendo muy difícil el reconocimiento de los referentes. Pero el caso de la sátira política le parecía distinto porque el número limitado de modelos reales facilitaba su identificación: era natural que los personajes imaginarios ideados por el novelista se parecieran a los de carne y hueso que le servían de modelo. Una novela política cuyos personajes fueran absolutamente imaginarios quedaría desvirtuada al faltarle el mismo principio de realidad que justificaba el subgénero. Sin contar con la circunstancia, ya advertida antes por Emilia Pardo Bazán (1891, p. 30) a propósito de *Pequeñeces*, de que, en este género de novelas, «la suspicacia del lector» puede llegar más allá de la intención del escritor; es decir, que el lector también era parte interesada en afirmar dicho principio de realidad.

El caso es que Gómez de Baquero afirmaba el derecho a ganar parcelas analizables de realidad a través de la novela, abriendo una puerta a la legitimación teórica de una literatura de costumbres políticas de nuevo cuño. Y bajo ella cabían tanto las ficciones que desarrollaban explícitamente postulados procedentes del ensayo regeneracionista —*La Tierra de Campos* o *La ley del embudo*, p. ej.—, como las que buscaban formas autónomas de sátira o denuncia, entretejiendo el discurso reformista en concepciones estéticas más complejas.

Ahora bien, los rasgos de esta literatura de contenido político, que comienza a recibir consideración crítica hacia 1899, ya se venían incubando desde el inicio mismo de la Regencia y fueron en moderada progresión hasta mediados los años noventa. La fase más aguda de las guerras de Ultramar deja entrever una literatura con tintes patéticos e insinuaciones voluntaristas, cuyo vigor se esfuma después del Tratado de París y del fracaso de la Unión Nacional. Su agotamiento se consume entre el revisionismo irónico y la sátira pesimista (al estilo de Nogales), al tiempo que el modernismo «noventayochesco» tantea nuevas sublimaciones para definir la sustancia española.

Bajo estas hipótesis, examinaremos a continuación, con criterio cronológico, un mínimo inventario de indicadores, al hilo, un tanto arbitrario, de lecturas algo raras y nada exhaustivas pero que acaso permitan sugerir algunas continuidades y rupturas de hábitos literarios en la frontera del 98.

1) Tópico obligado en todo ensayo regeneracionista había de ser el análisis de las causas históricas de la decadencia, que solía desembocar en la inculpación del austracismo como origen de la decadencia española. Pues bien, un curioso precedente de este motivo, tratado en forma de ucronía, puede verse en una novelita de

Nilo María Fabra (1885) —propietario de la agencia de noticias de su nombre, especialista en relatos de anticipación, y martillo de socialistas, a fuer de liberal—. En dicho texto —titulado irónicamente «Cuatro siglos de buen gobierno (Novela de la Edad Moderna)»—,¹⁰ Fabra reinventaba ingeniosamente la historia ibérica, imaginando las circunstancias políticas y las medidas económicas que hubieran podido llevar a la Península a la situación de gran potencia a fines del XIX, gracias al sabio gobierno del hipotético rey Miguel I, hijo de don Manuel de Portugal y nieto de los Reyes Católicos (en realidad, niño muerto a los dos años de edad), quien, en la ficción, tras un largo reinado lleno de aciertos «nacionales», habría puesto las bases de una Iberia poderosa, en permanente «paz interior», hermanando «el trono con las libertades públicas», perfeccionado a través de los tiempos «sin revoluciones ni violencias» (p. 43). Dichas medidas —respeto a la instituciones populares, libre tráfico con América, proteccionismo en el comercio exterior, repoblación forestal, política hidráulica, facilidad de comunicaciones, etc.— corresponden fielmente al inventario de arbitrios para remediar carencias de la España real que vulgarizarían los ensayos regeneracionistas muy poco después. El narrador llevaba su calculada ironía a una coda donde se felicitaba de que la Casa de Austria no hubiera llegado a instalarse nunca en el trono español, evitando así que la nación se convirtiera

en feudo de una familia ajena a nuestras costumbres, de distinta raza, enemiga de las libertades populares, obligada a amparar derechos patrimoniales en Europa que ni directa ni indirectamente afectaban a la Península, encarnación del despotismo que inmolaba la razón de Estado a un derecho personal, [...] sin abnegación ni alteza de miras bastantes para deponer el interés privado en aras del vital principio de la nacionalidad ibérica y del afianzamiento de su unidad política y geográfica. (Fabra, 1885, p. 64)

De esta ingeniosa manera, la ucronía se invertía caprichosamente, acentuando su pesimismo al perder su vertiente utópica y mirar al pasado. En lugar de limitarse a especular con la ilusión de lo que pudo haber sido y no fue, acababa con el sarcasmo de lo que pudo no haber sido pero fue.

2) Un segundo motivo, relacionado con el anterior, es el de la degeneración aristocrática, que el joven republicano Nicolás Salmerón y García convertía en precedente del mal de raza que anunciaba el final de una estirpe, falto de una regeneración vivificadora. Un olvidado cuentecillo suyo —*Mal de raza*— cargado de tesis y rudimentarios simbolismos, publicado en *Los Lunes de El Imparcial* (9-8-1886), anticipaba los rasgos de este tópico crepuscular, reservado críticamente, claro está, a quienes, abandonando su función directora, merecían el rechazo de los sectores sociales que se sentían en posesión del vigor necesario como primera premisa para la regeneración colectiva. Con obligado esquematismo, esbozaba situaciones que prefiguraban, quizá con mayor mordiente, la novela censoria de vicios cortesanos, que más tarde algunos llamaron restrictivamente «novela social», sólo en el sentido

¹⁰ Aparecido inicialmente en *La Ilustración Española y Americana*, fue recogido en FABRA, 1885, pp. 35-65.

de *high-life*, o «novela de altas clases» como prefería doña Emilia Pardo Bazán (1891, p. 31), cultivada después por escritores de diverso interés como el padre Coloma (*Pequeñeces*, 1890), Gutiérrez Gamero (1897, 1899), Wenceslao E. Retana (*La tristeza errante*, 1903) o Fernando Antón del Olmet (*Queralt, hombre de mundo*, 1905)... y que, incluso, se reflejaría aparatosamente en un tardío y decepcionante título del malagueño Martínez Barrionuevo, *Final de una raza. Novela española* (¿1899?, 1906).

El joven Salmerón diseñaba el tipo de un aristócrata descendiente de ilustres abuelos, «podrido de cuerpo e imbécil de espíritu», aunque capaz de brillar en sociedad «merced al superficial conocimiento de las prácticas del mundo», opulento y ocioso en contraste con «las harapientas multitudes», hasta que, un día, el descubrimiento del amor despierta su deseo de vida y le impulsa a buscar en la ciencia los secretos del vigor y de la juventud:

Pero no lograba entender lo que leía: su cerebro, por tanto tiempo inactivo, se había atrofiado para siempre: cuatro generaciones de sus ascendientes habían vivido sin pensar, y aquel ímprobo trabajo era inútil. [...] En pie delante del retrato de su padre, alzaba el puño con gesto amenazador, y en el paroxismo de su delirio, renegaba de su nombre y maldecía de su nacimiento.

Finalmente, su excitación intelectual le produce un síncope que le desbarata toda posibilidad de regeneración:

Quería vivir y sonreía a la esperanza; pero el sueño le vencía y le hacía cerrar los párpados después de aquella agonía de todas las noches que molía su cuerpo y atormentaba su espíritu. Se moría del mal de raza.

No fue ésta la única vez que Salmerón y García insistió en la diatriba costumbrista, para fustigar el esnobismo de una aristocracia gregaria que acudía al Hipódromo, en el árido desierto de la Castellana, emulando poses extranjerizantes, ejercitando un esnobismo que provocaba a su vez la nociva emulación mesocrática:

Allá va la turba-multa de los inútiles; los parásitos seculares de la nación; [...] los descendientes de antiguos héroes y preclaros varones, abrumados bajo el peso de su nombre; allí va todo el oro falso que reluce, la esplendorosa portada de un edificio social que se derrumba; y mientras, por los costados de la avenida, vaga gentío inmenso de desocupados, las familias de los empleados, las muchachas de la burguesía muertas de envidia, la juventud dorada presa de sus sueños ambiciosos de fortuna, el rebaño de siervos de la moda contemplando absortos, embobados, el desfile de la grandeza de un pueblo miserable y desgraciado. («¡Hip, hip!... ¡Hurra!»), *El Imparcial*, 20-6-1887)

3) Del tópico de la degeneración religiosa trazó cumplido modelo en esta primera fase regeneracionista José Francos Rodríguez (1862-1931), otro republicano, que llegó a ser director del diario salmeronista *La Justicia* y más tarde de *Heraldo de Madrid* (1902). En *La novela de Urbesierva* costumbrismo satírico y estructura fragmentaria se combinan para componer un variado muestrario de relatos con abrumador predominio de la nota anticlerical, justificada en el oscurantismo eclesiástico, sin atisbos de la inflexión espiritualista que había de observarse en la evolución finisecular de *Clarín* o del propio Galdós. *Urbesierva*, imaginaria ciudad, flanqueada por dos pueblecillos, *Villanegra* y *Villatriste* (reflejos de la Villahorrenda galdosiana),

viene a ser trasunto explícito de la España de la Regencia,¹¹ según la percepción alegórica del conceptualismo progresista, que construye el prototipo del objeto regenerable a partir de la degradada imagen de los diversos sectores socioculturales que lo componen:

Junto a casas mezquinas, templos grandiosos [...]. El ruido de las campanas vibrando continuamente en la atmósfera [...] [*manchada*] muy rara vez [*por*] el humo desprendido de las fábricas [...] Las calles, estrechas y tortuosas, [...] [*con algo*] de corredores de cárcel: [...] Viven unos pocos, y vegetan los demás, que son muchos; y, a pesar de esto, nadie grita, ni una protesta se oye. [...] No abundan los sabios, y los pocos que hay son mirados con prevención. [...] Cuando los jornaleros abandonan sus faenas, [...] más que hombres parecen ovejas que [...] con el paso cansado y la cabeza caída, caminan a los corrales, guiadas por el pastor. [...] La pobreza es enfermedad crónica en Urbesierva; [...] abundan los mendigos y escasean los ladrones. Para nada intervienen los pobres en las funciones del Estado; son como peones de un inmenso juego de ajedrez, que sólo sirven de defensa a las piezas mayores, necesitadas de sus sacrificios continuamente. [...] La aristocracia de Urbesierva es inflexible, rígida [...] Sus escudos nobiliarios le sirven de tablas para navegar sobre aquellas otras gentes de pobre y oscuro origen. [...] Muy religiosos son todos los aristócratas, pero [...] salen de la novena para ir al baile. [...] [*Con todo*] el *summum* de la influencia radica en la Iglesia. Ante ella, hasta la aristocracia cede. [...] El cimiento del prestigio sacerdotal lo constituyen las gentes de elevada alcurnia, para quienes las vestiduras talares son ropajes regios, puesto que envuelven personalidades que pueden mandar y disponer a su arbitrio sin responsabilidades ni cortapisas. (Francos Rodríguez, 1887, pp. 7-11)

Como buen médico, Francos Rodríguez diluía en sus relatos dos remedios para los males de Urbesierva: la fe en la ciencia «redentora de la argolla del verdugo» (pp. 136, 184-185) y, como correspondía a esta fase prerregeneracionista, la necesidad del perfeccionamiento democrático, heredada del 68, para superar la dualidad clasista, a través del pueblo, entendido como la síntesis entre «el menestral que tiene hambre de pan» por capricho de la suerte pero que «discurre mejor que muchas eminencias» y «el hombre instruido que tiene hambre de libertades», llamados ambos a coincidir «en las grandes crisis de los pueblos» (pp. 160-162). Todavía faltan algunos años para pensar en el hombre providencial.

4) Aunque la literatura ultramarina no se suele relacionar con el regeneracionismo peninsular, quizá convenga suponer la existencia de fuentes comunes, con respuestas encarnadas en similares tópicos y motivos. El regeneracionismo ascendente de los libertadores fue, por definición, la antítesis del tónico antidecadentista de la metrópoli, pero también era una criatura suya, que trataba de afirmarse desentendiéndose de los problemas específicos de la madre patria. Es costumbre valorar la presencia americana en las letras españolas a partir del modernismo rubeniano y de su recepción a través de Valera (*Cartas americanas*, 1888) o de Salvador Rueda (*En tro-*

¹¹ «Cuando, coleccionados los datos que en varios artículos he diluido, trataba yo de averiguar si el fruto de mi viaje era, más que producto de la observación, engendro de la fantasía, tuve grandes dudas, y Urbesierva, sus costumbres, los dramas desenlazados en su recinto, parecíanme ensueños, delirios, extravíos de la mente. Pero después me he convencido de que por las españolas tierras abundan que es un placer, ciudades como ésta de que hablando vengo, y así no temo que mis pinturas parezcan exageradas [...]» (FRANCOS RODRÍGUEZ, 1887, p. 6).

pel, 1892). Pero esta temprana atención se oscurece cuando, coincidiendo con las hostilidades coloniales, *Clarín* se muestra esquivo, o el purismo encastillado de Antonio de Valbuena, con sus *Ripios ultramarinos* (1896), minimiza y desfigura las nuevas aportaciones de aquellas jóvenes literaturas hispánicas, con el mismo desdén con que se hablaba de los insurrectos, mientras gacetilleros de diarios influyentes arremetían contra «el gorjear de ripios del último sinsonte hispano-americano», como hacía José Laserna en *El Imparcial* (1898).¹² Esta situación se mantuvo hasta 1899, cuando llega Rubén Darío a Madrid y se encuentra en la redacción de *El País* con dos jóvenes especialmente sensibilizados por sus vivencias cubanas —Maeztu y Manuel Bueno—, reanudando una fecunda relación, en beneficio mayormente de los escritores españoles. Pero por entonces ya había que lamentar la ignorancia irreparable que los lectores peninsulares del fin de siglo tuvieron de la obra de José Martí, de Julián del Casal y de la generación literaria cubana de 1895, cima poética del proceso ideológico independentista abierto con la primera guerra, veinte años atrás. Pero, antes de la irrupción modernista, todavía bajo pleno dominio de la fórmula realista, el caso más indicativo de la degeneración del colonialismo español a través de la ficción literaria lo hallamos en José Rizal (1861-1896) —otro médico, impulsor y canto de cisne del castellano literario en Filipinas—, autor de dos novelas complementarias, *Noli me tangere* y *El filibusterismo*, publicadas entre 1886 y 1891. Rizal estudió en España y en su formación intelectual se adivina un componente krauso-positivista, desarrollado en la forma dialógica que el género narrativo requiere. Destaca en su planteamiento que no desdeña debatir la posibilidad de una regeneración conjunta de colonia y metrópoli, basada en una ilusoria comprensión recíproca de los problemas comunes. El protagonista, Juan Crisóstomo Ibarra, un nativo hacendado, pasa —a fuerza de hostigamientos y persecuciones— del ingenuismo reformista a marginarse en lucha desesperada contra el poder español. No obstante, los ideales de desarrollo armónico, sin alterar la situación colonial, aparecen formulados frecuentemente por diversos personajes como prueba de objetividad narrativa (1891, II, pp. 62-63), si bien el curso de la acción conduce a patentizar divergencias insuperables que anuncian la inevitable emancipación de la colonia. Los dos libros constituyen un notable esfuerzo por prestigiar la sociedad civil y la secularización en la vida de las islas. Su anticlericalismo tiene justificación directa en la negativa experiencia de la «frailocracia» que mantenía a los nativos alejados del progreso, explotando la candidez de su fe. El descubrimiento de la realidad humana y de la naturaleza filipina es rigurosamente coetáneo de la corriente regionalista extendida en la literatura peninsular por aquellas fechas. Ambas novelas contienen otros motivos regeneracionistas: la instrucción, como medida más urgente; el despótico dominio caciquil sobre la población agraria, contra el que nada pueden las leyes dictadas en la lejana metrópoli; la sugerencia de que más le valiera a España su propia colonización interior «en vez de meterse a arreglar sociedades ajenas»; incluso hay alguna muestra de conciencia generacional

¹² Cf. José LASERNA, «¿...?», *El Imparcial*, 28-2-1898.

conflictiva, en que el tópico de la revolución pendiente se expresa en los términos proféticos tan corrientes en el regeneracionismo peninsular:

En Filipinas vamos lo menos dos siglos detrás del carro [...] Entramos en el periodo de lucha [...] entre el pasado, que se aferra y agarra con maldiciones al vacilante feudal castillo, y el porvenir, cuyo canto de triunfo se oye a lo lejos, a los esplendores de una naciente aurora [...]. (Rizal, 1886, II, pp. 163-164)

La opinión española tardó quince años en conocer estas novelas, perseguidas en el archipiélago y fuera de él por los poderes religiosos y político-administrativos, tan mal parados en unas páginas que denunciaban apasionadamente la corrupción y la crueldad de los colonizadores. Pero no deja de ser interesante la extensión de este sentimiento regeneracionista a la sensibilidad de un estimable escritor, llamado a convertirse en símbolo y mártir de la nueva nacionalidad filipina.

En cuanto a la consideración que las aventuras coloniales merecieron en términos de estricta ficción literaria, no periodística, al filo del 98, preciso es recordar, aunque sea de pasada, el escepticismo colonialista de Ganivet al fantasear, en el «sueño de Pío Cid», dominado por el *sic transit gloria mundi*, acerca de la superioridad de las empresas imaginarias «en que no interviene el dinero», cuyos «gastos recaen exclusivamente sobre el cerebro y el corazón»:

¿En qué libro está escrito que las conquistas deban producir provecho a los conquistadores? ¿Qué utilidad trajeron a España las grandes y gloriosas conquistas de todos conocidas y celebradas? Ellas se llevaron nuestra sangre y nuestra vida a cambio de humo de gloria. ¿Qué significa ni qué vale un siglo, dos o cuatro de dominación, si al cabo todo se desvanece, y el más poderoso y el más noble viene a quedar el más abatido y el más calumniado? (Ganivet, 1897, p. 369)

5) A partir de 1890, quizás sea en el viaje prospectivo y en el consiguiente tratamiento del paisaje donde mejor se pueda observar la evolución estética de este primer regeneracionismo antes y después del 98. Hay todo un cambio de actitud mental y de forma literaria, desde el descubrimiento simultáneo del variado espacio geográfico nacional como realidad exterior mejorable, en relación con la historia colectiva —en Lucas Mallada y José María Escuder (1890), p. ej.—, hasta la visión subjetivista de un paisaje poblado de figuras ensombrecidas, intrahistóricas, perdidas en la bruma existencial, que apunta en Ramón Sánchez Díaz (1901), singular viajante de comercio, cuya piadosa mirada da un sesgo particularmente intimista a su visión literaria de las tierras españolas, sin abdicar de su voluntad modernizadora.

El redescubrimiento de la Naturaleza, elevado a símbolo por los modernistas, tiene precedente en la curiosidad positivista de escritores tan olvidados como el psiquiatra y publicista José María Escuder (nacido en 1853, mencionado por Costa en el prólogo a *Juan Corazón*; republicano progresista y colaborador del doctor Esquerdo). En su libro *Plus Ultra* (1890) —que no suele incluirse entre los hitos del ensayo regeneracionista,¹³ por más que lo merezca por su contenido—, combinaba la ex-

¹³ Cf. Shelby G. THACKER (1992).

ploración del suelo patrio —Valencia, Baleares, Andalucía...— con la terapia precisa para regenerar a un país que, a su modo de ver, había evolucionado, *contra natura*, desde lo heterogéneo a lo homogéneo, desde lo vario a lo único, suprimiendo los contrastes y diferencias que hacían germinar la civilización (p. 281). Escuder estaba lejos de la crisis del sujeto y sus convicciones eran firmes. Paisaje y cultura, dinamismo natural y lucha por la vida, se integran en su experiencia viajera mediante una vigorosa retórica: el desgarramiento de los escasos arbustos que en la desolada llanura manchega «alzan [...] al cielo sus brazos en son de muda protesta», dando «la idea de una raza agotada y seca por la unidad absorbente» (pp. 4 y 134); o «el aire sofocante del averno» que escapa por las grietas de las cordilleras volcánicas y las tierras sedientas de Alicante (p. 4)... Para Escuder, el sentimiento del paisaje va ligado a la idea de que el progreso tecnológico mejora la calidad de las emociones, como ocurre cuando se deja extasiar por la «poesía deliciosa» de los pantanos o cuando, tras la minuciosa descripción de la cueva del Drach, apostilla:

¡Cuán bello sería un viaje por estas grutas iluminadas con luz eléctrica! ¡Qué de emoción estética despertaría en las almas la navegación en bote a través de todo el curso del lago surcándole a lo largo de su circunferencia! Pero al dueño de las grutas ni la ciencia ni el arte le importan dos cominos: lo que le interesa es sacar unas cuantas pesetas al viajero que las visita. (Escuder, 1890, pp. 108-109)

Diez años después Sánchez Díaz persistía en idéntica resolución progresista: en su caso, viajar «metido en el último invento» —el automóvil (1901, pp. 4 y 50)— pero con el decepcionante resultado de encontrar a cada paso, devorados por las nuevas urgencias mercantiles de la periferia fabril, la miseria de los aldeanos, emigrantes, repatriados, segadores, empleados mal pagados, chiquillos hambrientos, huelguistas, muchachas enfermas y explotadas..., que helaban el utopismo de un observador sensible de la realidad española:

[...] La población circula, bajo la claridad de una mañana espléndida. Repiquetean las campanas de todas las iglesias, viene a lo largo de la calle la tropa con su estruendoso paso doble de metal, pasan mujeres hermosas, con la canción sedosa de sus faldas y la inefable sonata de sus risas... Sin embargo, no se ve la luz de la esperanza por ningún lado del horizonte. (Sánchez Díaz, 1901, p. 72)

Si en Escuder predominaba la prolijidad descriptiva y la valoración progresista de los recursos, Sánchez Díaz ya se dejaba tentar por la invención pictórica del simbólico paisaje castellano, atenazado por la miseria y el quietismo de las figuras, que había anticipado Ramiro de Maeztu en «La meseta castellana», artículo publicado en *Vida Nueva* (6-11-1898) y recogido en *Hacia otra España* (1899), donde Castilla aparecía como «un páramo horrible poblado por gentes» sin iniciativa, «cuya cualidad característica aparente [era] el odio al agua y al árbol; ¡las dos fuentes de futura riqueza!». Sánchez Díaz reinterpretaba este esquema con mayor unción estética:

Por la llanura inmensa de la tierra muerta y gris, entrando por una de las calles que deja ver el páramo, llega el primer rayo débil de un sol de oro. Lentamente despierta la ruinoso ciudad y salen de sus piojosas casuchas, como animales enfermos, una hilera de hombres inexpresivos, cubiertos con sus capas pardas [...]. (Sánchez Díaz, 1901, p. 108)

Claro es que, pese a estos evidentes cambios de matiz entre el optimismo arrollador del 90 y el agónico regeneracionismo posnoventayochista, la estética de Sánchez Díaz trascendía el arrobo esencialista para afirmar su esperanza en la rendición del páramo, cifrándola en la nueva luz procedente de las fábricas, de las máquinas que resoplaban tormentosamente en la siderurgia de la periferia.

A lo largo de los años noventa raro es el texto literario con pretensiones regeneracionistas que no recurra al tópico del viaje experimental o iniciático, que adquiere rasgos paradigmáticos, ya bien avanzado el decenio, en la forma de «viaje electoral», a partir de *La ley del embudo* y del «Trabajo cuarto» del *infatigable creador Pío Cid*, decidido a emprender la reforma política de España. Viajes prospectivos «por el corazón de España»¹⁴ que no tardarían en difuminarse en los indecisos «caminos de perfección» del modernismo noventayochesco.

6) Pero el eje articulador de una hipotética fórmula literaria regeneracionista se polariza en el tratamiento de la figura del cacique, contrapunteado por el complemento indispensable de su antagonista, héroe reformador o prometeico, que intenta combatirlo y neutralizarlo con fortuna diversa. Prescindiendo de las consabidas aportaciones anteriores (de Galdós o de Pereda), ya en los años noventa, la prioridad en el cultivo de este tópico corresponde al fusionista noveldense Ismael Rizo Penalva (1852-1914), cuya novela *Un cacique* se publicó en Valencia en 1893. Era un texto de escaso mérito y mucho esquematismo, donde se anticipaba el paradigma negativo que Pascual Queral había de fijar, con mayor rotundidad y detalle, en *La ley del embudo*, cuatro años más tarde. El arquetipo caciquil elaborado por Rizo tenía su rasgo más específico en su maldad intrínseca, que no le venía sólo de su ilegítima función, como instrumento antidemocrático del poder, sino, muy especialmente, de su insensibilidad y crueldad en el ámbito familiar. Don Heliodoro de Santagera, el cacique de «Venterella», sojuzga a su hijo, que lo odia; trata de impedir la felicidad de su hija, enamorada del correspondiente héroe regenerador, un paladín del Derecho, a cuya antigua novia había seducido previamente, y, por último, provoca con su adulterio la muerte ejemplarizante de su esposa. *Mutatis mutandis*, este esquema se aproxima notablemente al perfil del cacique de «Infundia», don Gustito Castoña, cuyo adulterio ocasiona asimismo la muerte de su mujer, Concha. Eje de un cuadro familiar de «tristura y opresión, semillero de rencillas y odios» (Queral, 1897, LI), Gustito, permanentemente enfrentado al bueno de su hermano, el tullido Wenceslao —la voz de su conciencia, a quien no consigue dominar—, acabará haciendo objeto de requerimientos incestuosos a su propia hijastra, Amparito, también enamorada del «hidalgo doncel» Gonzalo Espartaco, debelador del cacique, a quien acabará aplastando «como a un reptil» y echándolo a rodar escaleras abajo de un puntapié.

No olvidemos, a modo de paréntesis, que Queral incurre en una de sus muchas licencias extradiegéticas para justificar el valor novelesco del motivo del cacique.

¹⁴ Cf. PÉREZ GALDÓS, *Doña Perfecta*, II (1876).

quismo frente al del adulterio —lugar común en la literatura burguesa del XIX—, que constituye todo un alegato a favor de una escritura desprivatizada, comprometida con los intereses públicos:

El adulterio es menos trascendental que el caciquismo; el adulterio seduce a una mujer, a cien, trasciende cada caso a una familia; el cacique sugiere a todo un pueblo, pervierte a toda una generación, corrompe a toda una raza. Vuelva, el que lo dude, los ojos en torno a lo actual. Tratemos nosotros del mal grande y dejemos el pequeño por secundario. Baladí, con ser tan malo, resulta el adulterio junto al caciquismo. (Queral, 1897, XXX, p. 303 [2ª ed.])

Si algún rasgo diferencial cabe observar entre la configuración literaria del cacique de 1893 con respecto a la de 1897 es que Rizo resuelve su novela en una componenda realista que permite a don Heliodoro seguir haciendo de las suyas, una vez desacreditado moralmente, mientras que, en *La ley del embudo*, Gustito es destruido físicamente por Gonzalo Espartaco en un alarde folletinesco descontrolado. Aunque todos los modelos para la construcción literaria del cacique suelen coincidir en su invulnerabilidad y prepotencia, rasgos a los que tampoco se sustrae el modelo del buen cacique (hidalgo patriarcal y benefactor, más o menos ajustado al modelo perediano que, en todo caso, correspondería a un regeneracionismo tradicionalista), ello no impide que, en algunas ocasiones, aparezca su destrucción, a modo de castigo simbólico, que, si en la novela de Queral resulta rudimentario y aparatoso, en otras, como ocurre con la agresión y muerte del alcalde «Larán-Larán» en *Mariquita León*, de José Nogales, se integra discretamente como un ingrediente más en el desarrollo de las rivalidades políticas que jalonan la acción. Como se integra y diluye el caciquismo en la red de intereses que constituye la trama de *La Tierra de Campos* (1897-1898) o en la primera novela de Gutiérrez Gamero —*Sitilla* (1897)—. En ambas, además, cobra cuerpo la sugestiva modalidad de la cacica que actúa en un segundo plano pero con efectos decisivos sobre el curso de la acción: intransigente e intolerante, según el añejo modelo de *Doña Perfecta*, la del escritor vallisoletano; más activa y perversamente moderna, resentida por un despecho amoroso, en el caso del novelista madrileño, pero ambas igualmente destructivas. Doña Presenta, en *La Tierra de Campos*, siempre dispuesta a dominar a su sobrino y yerno, Manolo Bermejo, a neutralizar sus aspiraciones regeneradoras y a distanciarlo de su esposa, complementa las funciones de cacique conservador de don Venancio Garzón, una vez roto el dualismo político de Mauda tras la retirada del líder liberal, don Ildefonso Bermejo, víctima de su pureza política. En la novela de Gamero, la Conchita Cipérez, casada con un aristócrata, siempre al borde del adulterio, es una difamadora que mueve los hilos del poder para destruir la carrera política del gobernador Rijosa, que ha osado postergarla por Rositilla Santiustre, modesta costurera, tipo de mujer frágil y abnegado, que al final no puede soportar su infortunio y muere de melancolía, en estampa de fuerte sabor romántico.

La excepción entre las cacicas planas y malignas, ya al final de este primer ciclo regeneracionista, es, sin duda, un precedente del tópico de la *mulier fortis* (certamente definido por Juan Carlos Ara): la *Mariquita León*, de Nogales (1901), bajo cuyo genio leonino de

mujer dueña de su casa, [y] rica hembra algo despótica que tiene fuerzas bastantes para hacer que la obedezca el mundo entero (Nogales, 1901a, p. 99),

esconde un espíritu sensible y quebradizo. Entre «cacica o monja», dotada de un sentido común humanizador, es suma feliz de un tratamiento del personaje femenino emancipado y endurecido por la viudez y la lucha por sobrevivir en un mundo de hombres, con toda la gracia de las heroínas de Valera y las tribulaciones e incertidumbres propias de un personaje sumido en la confusión finisecular. Pero, claro está, con Nogales nos encontramos ya en una dimensión estética mucho más rica que la de sus inmediatos precedentes regeneracionistas.

Frente al cacique, suscitada por su misma perversa naturaleza, se alza la figura del héroe redentor, por lo general destinado a la frustración, en un contexto invariablemente marcado por el pesimismo, donde naufraga su impulso regenerador, aunque —eso sí— adornado siempre con las más nobles cualidades. Dígalo, si no, el esquematismo con que se aborda su retrato antes del 98, que nos remite a la imagen del hombre entero y verdadero, cuya belleza varonil revela un espíritu íntegro, quizás también «sucedáneo del superhombre nietzscheano» —como ha sugerido Juan Carlos Ara (1990, pp. 20-21)—. Véase, como botón de muestra, el aspecto del abogado Ricardo Fontera (*Un cacique*):

Su físico se armonizaba con sus cualidades morales. De estatura más que regular, bien proporcionado, rostro expresivo que adorna con una corta y rizada barba; ojos negros, frente despejada en la que se vislumbra el talento, basta verle una sola vez para que esa corriente que crea las simpatías predisponga a amarle.

En la misma línea, pero más almibarado, el «apuesto mozo» Gonzalo Espartaco de *La ley del embudo* es presentado por el narrador como «tipo clásico del caballero español, según los buenos modelos de Calderón y Cervantes»:

[...] era robusto, alto, fornido, de varonil hermosura, cual modeló sus galanes Nicolás Poussin; no desdeñaba los ejercicios corporales, en los que resultaba espontáneamente gracioso y gentil, como quien ha educado el cuerpo en equilibrio con un espíritu culto; y en el vestir, con viril coquetería y sobria pulcritud, era elegante sin aliño. [...] Con las mujeres [...] era personificación de la galantería discreta, basada en el concepto de la superioridad masculina, que debe traducirse todo bondad y deferencia para con el bello sexo; nunca mostró un pensamiento liviano, jamás una insinuación picaresca. (Queral, 1897, XXIII, p. 209 [2ª ed.])

El diseño de estos héroes puede responder a modos realistas, como ocurre en la novela de Rizo y Penalba, donde el juez reformista, tras esforzarse por imponer el Derecho en Venterella, acaba pactando su permuta a otra localidad para preservar la paz familiar; o el frívolo gobernador Luis Gómez de Rijosa, el héroe claudicante de Gutiérrez Gamero en *Sitilla*, que tras pugnar inútilmente por autodignificarse contra las fuerzas vivas de Umbrosa ha de sacrificar sus sentimientos más puros a su medro político. Pero estos «quijotes» renqueantes, condicionados por la lógica de un realismo más o menos satírico, son desplazados, justo en el momento álgido del conflicto colonial, por un esquema neorromántico, extremado y patético, enmarcado en catástrofes folletinescas. Nueva estirpe de héroes se

nutre del impulso regenerador del Gonzalo Espartaco de *La ley del embudo* y, sobre todo, del Manolo Bermejo de *La Tierra de Campos*, deseosos de devolver solidez al orden tambaleante. Y es en la novela de Macías Picavea donde se observan con mayor riqueza literaria las fatigas del héroe, que ha de enfrentarse no ya a un solo hombre sino a una suma de intereses y elementos adversos, que malogran su acción. Lo más importante es que hay en ella conciencia conflictiva de un deslinde generacional que, por sí solo, no parece ofrecer garantías terapéuticas. El protagonista toma el relevo del decaído progresismo liberal del 68, personificado en su propio padre, don Ildefonso Bermejo, antiguo zorrillista,

radical peleador, duro y caliente, formado sobre la fe de un dogma sencillo e ideológico, templado al fuego de los grandes entusiasmos que despiertan las ideas madres, las ideas de Dios, de libertad, de patria, en la conciencia humana, machacado en el yunque de esas luchas legendarias que trabajan en los pueblos en las épocas críticas de su historia... [...] Era la suya, no una política, sino una mística: la justicia pura, la moralidad pura, la virtud pura, la felicidad de todos pura, la religión de la conciencia, el libre cambio, la fraternidad universal, la armonía total del mundo sin una disonancia, [...] generoso ideal del más generoso de los optimismos, que educó..., a la francesa, una generación digna de mejor suerte. (Macías, 1897, pp. 314-316 y 342)

No le va a la zaga su hijo Manolo, cuyo mayor sentido práctico, procedente de su formación krausopositivista, no le granjea mejores augurios. Situado en

una generación nueva, con nuevos sentimientos e ideales, pero ¡siempre adquiridos por vía más o menos filosófica! [...] en posesión de otro dogma opuesto al de su padre, manifestábase invencible, colocado en su punto de vista [...] educado en el positivismo de la duda relativa y de la transacción perpetua, dejábase fácilmente invadir y arrebatar por aquella porción de verdad que en las fuertes aseveraciones del viejo resplandecía; juventud tocada ya del mal del siglo, y cuya regeneración ha de necesitar sabe Dios qué tónicos, envueltos aún en los brumosos horizontes de lo porvenir [...]. (Macías, 1897, pp. 315-316)

Esta severa crítica de la formación krausista de Manolo Bermejo en *La Tierra de Campos* recuerda cierto estudio de costumbres políticas firmado por Luis Coll —«Juan Mártir» (*El Imparcial*, 28-11-1887)—, paradigma del idealista revolucionario sincero, puro e incauto, cuya formación filosófica de cátedra le conduce, navegando por el mar proceloso del positivismo más rastrero, a la destrucción y a la demencia. Lo que visto aisladamente en las páginas de un periódico podría parecer un apólogo del escepticismo político cobra sentido como documento protorregeneracionista, porque antepone la razón pragmática a la simple pureza intelectual, cuando ésta carece de fuerza para imponerse como norma colectiva.

Aquellos «brumosos horizontes del porvenir», y el propio desenlace desastroso de la novela, rezuman un pesimismo muy fin de siglo, al menos en apariencia, inverso al del impulsivo optimismo reformador que se deduce de *El problema nacional*, título señero del ensayo regeneracionista, cuyas conexiones de contenido con la novela han sido analizadas por Carlos Serrano (1983). *La Tierra de Campos* sería la patética descripción de los males que el Macías ensayista pretendía resolver. Males sustancialmente agrarios, como en Queral, al contrario de lo que sucedía con los planteamientos urbanos de Gutiérrez Gamero, y su óptica deformante, en novelas

satíricas sobre la corrupción de la clase dirigente, como *El ilustre Manguindoy* (1899), donde menudean los ataques a sectores políticos y financieros, a la usura, pero no a la producción agraria o al movimiento industrial, sin entidad en sus fabulaciones. La exaltación literaria de la fábrica como instrumento regeneracionista es tardía y encuentra sus muestras más vigorosas en algunas crónicas de Maeztu (*Hacia otra España*, 1899) exaltando la industria vizcaína, o en el citado opúsculo de Sánchez Díaz, *Mis viajes* (1901, pp. 132-133), que se cierra con una esperanzada figuración alegórica del deslumbramiento que las llamas de los altos hornos ejercen sobre un visitante, rico castellano, que mete en su «corazón aquella nueva luz», germen de una hipotética redención, imaginada como «una aurora grandísima en busca de las ciudades y los campos muertos». Más complejo es el sentido de este asunto en alguno de los cuentos barojianos recogidos en *Vidas sombrías* y, sobre todo, en *La casa de Aizgorri* (1900), donde la crisis del racionalismo industrial y el relevo generacional se resuelve ya en un doble frente: el de los obreros incendiarios y el de los patronos, a quienes, en último término, todavía corresponde el deber de regenerar el sistema de producción, abriéndose a la «luz de la aurora» de un «día nuevo que nace», síntesis común de un utopismo cada vez más frágil.

Manolo Bermejo, en *La Tierra de Campos*, encarna con pasión un simbólico retorno a la tierra —Anteo y Prometeo confundidos con la política agraria—, aderezado con simbolismos quijotescos y cristianos —delirio utópico, palabra germinal, martirio del protagonista incomprendido por su pueblo—, ya detectados por Francisco Caudet (1972), que contribuyen a incrementar la densidad estética con que se representan unos conflictos irresolubles:¹⁵

Manolo, totalmente muerto por dentro, daba el adiós postrero a la querida patria castellana, por cuya redención él, Cristo ignorado, se sacrificara vanamente. (Macías, 1898, p. 321)

Frente al acartonado final populista de *La ley del embudo* —«[...] el mal es pasajero..., la Patria eterna..., el pueblo, elemento salvador que guarda energía..., corazón entero y moralidad...»—, la impresión que nos produce el desenlace de *La Tierra de Campos* es la de una clara confluencia entre regeneracionismo y crepuscularismo finisecular, que nos viene a dar un último modelo desolado del héroe roto, «peregrino desterrado», perdido «entre las penumbras lluviosas de la llanura gris y los gemidos mugidores del vendaval temeroso» (Macías, 1898, pp. 325-326). En este clima mórbido, la alusión autocompasiva al alma muerta de la Patria —«[...] es-

¹⁵ Muy en discrepancia con Rubén DARÍO (1901, p. 129), regenerador abstracto y quijotista en la atenta disección de la realidad española de 1899 que constituye su *España contemporánea*, cuando, corrigiendo el antiquijotismo de Emilia Pardo Bazán, veía en la leyenda áurea el lado nervioso y más atractivo del alma española, empañada por los desaciertos de los «políticos de última hora»: «Para la reconstrucción de la España grande que ha de venir, aquella misma áurea leyenda contribuirá con su reflejo alentador, con su brillo imperecedero. España será idealista o no será. Una España práctica, con olvido absoluto del papel que hasta hoy ha representado en el mundo, es una España que no se concibe. Bueno es una Bilbao cuajada de chimeneas y una Cataluña sembrada de fábricas. Trabajo por todas partes; progreso cuanto se quiera y se pueda; pero quede campo libre en donde Rocinante encuentre pasto y el Caballero crea divisar ejércitos de gigantes».

ta raza de bronce..., asesinada por los teólogos..., enterrada por los leguleyos...»—, donde no falta la visión de la guerra de Cuba como «hemorragia final del moribundo», nos remite también a textos de jóvenes intelectuales que, por aquellos años, prometían abrir una tercera vía generacional, que, a la larga, se definiría por su intensidad estética. Hay un artículo, recién recuperado, del jovencísimo Martínez Ruiz (1896),¹⁶ publicado en Valencia semanas antes de su traslado a Madrid, que anticipa con voluntad de estilo sensaciones angustiosas parecidas a las de Macías Pícaeva, pero con su punto irónico, combinando simbólicos otoños y credos radicales en dos tempos alternativos de escritura (*lento* y *vivace*), conjugando moderna y vieja retórica en un mismo texto:

[...] Llegan los días tristes: el cielo color de plomo, los jardines sin flores, el campo sin follajes y sin ruidos alegres. Todo desnudo, rígido, sin el oro de las mieses ni el verde claro de los pámpanos; todo silencioso, sin el rumor de las canciones de la siega...

Así está la patria española: triste y silenciosa, azotada por el viento de la desgracia. [...]

Vivimos soportando un día y otro el juego de los sayones que se reparten sobre el cadáver de España sus últimos harapos; vivimos tolerando que desaparezcan poco a poco las libertades que nuestros padres ganaron con su sangre el 68; tolerando que sea una mentira la libertad de imprenta, y una farsa la representación nacional, y una comedia la independencia de los poderes del Estado. Y si el comercio se arruina y la industria decae, y se cierran las fábricas y los campos están yermos, callamos como mansas ovejas; y callamos si nuestros hijos y nuestros hermanos van a morir allá abajo de fiebre y de fatiga en los bosques cubanos, mientras a otros les sirve la guerra para realizar negocios en Bolsa y comprar suntuosos palacios...

Todo está triste en España, todo está triste como en el otoño. Reina el *orden* más completo, y los espíritus respiran calma, como en esos días de cielo gris, monótono, en que las hojas caen lentamente una a una, amarillentas, retorcidas...

Los movimientos desorientados del héroe, las fugas hacia lo desconocido, tan frecuentes en los textos producidos alrededor del 98, responden a una estética de la indeterminación y el misterio, último refugio para las modernas ansias de un sujeto aquejado de ínfulas redentoras. Esta ruina del regeneracionismo doctrinal se expresa con particular agudeza en las novelas de José Nogales, que contemplan los vaivenes de la ansiedad patriótica en la retaguardia peninsular durante la guerra colonial. En *Mariquita León* la huida del médico don Jacinto expresa el fracaso de la conciencia urbana para introducir ideas de progreso en el inmovilismo rural. Rendido dócilmente al tópico preorteguiano de las dos Españas, marcha hacia la España viva «con la fe de un cruzado... para formar en las filas de la juventud regeneradora», entre las nebruras de la noche y las «nieblas llorosas que empañaban los cristales» del tren (p. 242). Sin embargo, su discurso reformista, fragmentario y disgregado, no pasa de ser una vaga aspiración idealista, intensa, pero sin carácter programático. Lo que prevalece en el capítulo final de la novela es ya la moda de la litud y la tristeza que irradian del sujeto, proyectándose sobre el espacio circundante:

¹⁶ Recogido en mi artículo «José Martínez Ruiz, fugaz redactor de *El Pueblo* (Valencia, 1896). Algunos textos sin catalogar de la prehistoria azoriniana», *Anales Azorinianos*, 6 (1997).

El médico sentía cierta angustia, una opresión dolorosa al despedirse de aquel terruño que por su propia voluntad abandonaba. [...] Las cosas se le aparecían bañadas en infinita melancolía, reflejando el estado de su propio ánimo. (Nogales, 1901a, p. 235)

Se diría que el sentimiento de la crisis del 98 libera al escritor de consignas concretas, enriqueciendo la calidad de la fábula, al tiempo que se incrementan también el escepticismo y la incertidumbre ante el futuro, como ocurre en el retablo colectivo en clave deformante que constituye *El último patriota*, novela donde Nogales certifica la frustración del auténtico espíritu regenerador, reducido a una impostura retórica a cargo de los oportunistas de la política:

Con las primeras rociadas otoñales cayeron unas ganas atroces de regeneración... Todo el mundo quería que el invierno le cogiese bien regenerado y abrigado. Y, como es de rigor, la retórica se apoderó de estas ganas un poco tardías si se mira atrás y siempre en sazón si se mira adelante, y la verdad es que oradores y pendolistas hicieron diabluras.

Como cada español emprendiera con tan noble ahínco la caza de fórmulas salvadoras, a fines de Septiembre nos encontramos con unos diez y seis millones, más bien más que menos, de programas. De haber sido tan abundantes y espontáneas las cosechas de cereales y de mosto, nos habiéramos encontrado *ipso facto* regenerados y cada cual con su gallina en el puchero. Pero como los programas, por lo pronto no dan más que esperanzas románticas de la gallina ideal, y esta, a la larga la despluman, los pucheros hispanos continuaban dando de sí el garbanzo, con más o menos crueles alternativas. (Nogales, 1901b, pp. 259-260)

El hidalgo Paniagua —el último patriota— vive un proceso que pasa de la alienación patriótica durante el curso de la guerra al delirio mesiánico una vez consumada la derrota. Desacreditada la fórmula carlista y desvirtuada la opción regeneracionista, tras haber descendido a los infiernos de la miseria campesina y haber comprobado «en el corazón del pueblo, sintiéndolo latir y manar sangre» (pp. 238-239), que los dolores de la patria no eran exclusivos de la clase dirigente, a su inoperante espíritu quijotesco no le queda otro recurso que la solución irracionalista de huir a la naturaleza, en la noche tormentosa y fantasmal, «como un sonámbulo que marcha con la vista puesta en algún nuevo ideal que relumbra en el horizonte...» (Nogales, 1901b, p. 270). Como se ve, por encima de la ironía, se trata de la misma vaga esperanza que cierra novelas tan emblemáticas como *La voluntad*, *Camino de perfección* o *La busca*. ¿Dónde poner los límites entre regeneracionismo y 98?

* * *

A grandes rasgos y con evidentes omisiones, he intentado argumentar acerca de la continuidad existente entre las manifestaciones literarias del primer regeneracionismo y las que prometían los jóvenes intelectuales que, en los primeros años del siglo XX, habían de ir recogiendo y transformando muchos de estos motivos con mayor sentido artístico y, también, con más contradicciones cívicas.

Hay, en suma, una perceptible progresión desde el simple reflejo doctrinal de los discursos arbitristas hasta una mayor integración de aquellas tesis en la sustancia literaria, diluyéndose en ella en beneficio del arte. Viajes iniciáticos, la atracción

de la tierra, el juego simbólico de crepúsculos, noches y auroras, la victimación del héroe, sus sueños, fugas abstractas, derrotas y autoderrotas morales... son otros tantos puntos de confluencia entre el impulso regenerador y la estética modernista. Desde la perspectiva que hemos definido como regeneracionista, dicho proceso discurre, en muy pocos años, desde la conciencia firme a la conciencia débil; desde una dialéctica modernizadora logocéntrica y redentorista (Queral, Macías), pasando por el análisis satírico, con elipsis de causas y programas (Gutiérrez Gamero), hasta desembocar en una cierta fenomenología de los males colectivos, expresada con desesperanza metódica en los primeros años del nuevo siglo (Nogales o Baroja).

En cualquier caso, lejos de conclusiones firmes, fluctuamos entre hipótesis movedizas, abiertas a todo tipo de matizaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRA, Rafael (1893), *Mi primera campaña*, Madrid, Jorro.
- (1905), *Psicología y literatura*, Barcelona, Henrich y cía.
- ARA TORRALBA, Juan Carlos (1990), «El alma contemporánea de *Alma Contemporánea*, claves ideológicas para un libro y un cambio de siglo», *Alazet*, 2, pp. 9-54.
- (1994), «*Mujeres de estirpe*. La evaluación de la mujer en el discurso de *Raza* del primer tercio del siglo XX español», en *Actas del IX Simposio de la Sociedad Española de Literatura general y comparada*, tomo I: *La mujer: elogio y vituperio*, Zaragoza, pp. 27-35.
- BAROJA, Pío (1900), *La casa de Aizgorri*, Bilbao, Biblioteca Vascongada.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio (1854), *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento de Felipe III al trono hasta la muerte de Carlos II*, 2ª ed., pról. de Juan PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO, Madrid, Librería Gutenberg de Juan Ruiz, 1910, 761 pp.
- CAUDET, Francisco (1972), «Un olvidado antecedente temático y tonal del 98: *La Tierra de Campos* de R. Macías Picavea 'novela-epopeya' de Castilla», *Revista de Estudios Hispánicos* [The University of Alabama Press], VI/3 (octubre de 1972).
- CAVIA, Mariano de (1897), «Cháchara», *El Imparcial*, 5-11-1897, p. 1.
- COSTA, Joaquín (1917), *Último día del paganismo y primero de... lo mismo*, Madrid, Biblioteca Costa.
- DARÍO, Rubén (1901), *España contemporánea*, París, Garnier.
- ESCUDER, José María (1890), *Plus Ultra*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de G. Pedraza.
- FABRA, Nilo M^a (1885), *Por los espacios imaginarios (con escalas en tierra)*, Madrid, Fernando Fe.
- FERNÁNDEZ VAAMONDE, E. (1899), *Después del desastre. Poesías*; pról. de J. ORTEGA MUNILLA, Madrid, Fortanet, 64 pp.
- FRANCOS RODRÍGUEZ, José (1887), *La novela de Urbesierva (Narraciones)*, Madrid, Imp. Popular.
- GANIVET, Ángel (1897), *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid*, Madrid, Tip. Sucesores de Rivadeneyra.
- (1898), *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, Madrid, Rivadeneyra, 2 vols. [3ª ed., Madrid, F. Beltrán/V. Suárez, 1928].
- GARRIDO, Fernando (1860), *La regeneración de España por Evaristo Ventosa*, Barcelona, Manero, 1860, 397 pp.

- (1865-1867), *La España contemporánea. Sus progresos morales y materiales en el siglo XIX*, 2 tomos, Barcelona, Salvador Manero.
- GÓMEZ DE BAQUERO, E. (1899), «Crónica literaria. La novela de costumbres políticas. *El ilustre Manguindoy*, por E. Gutiérrez Gamero. ¿Tiene el novelista derecho a retratar a personas reales? Tendencia a personalizar en la novela política. [...]», *La España Moderna*, 127 (julio de 1899), pp. 110-122.
- GUTIÉRREZ GAMERO, Emilio (1897), *Sitilla. Novela*, Madrid, Establ. Tipográfico de J. Avrial.
- (1899), *El ilustre Manguindoy. Novela*, Madrid, R. Velasco, Imp.
- MACÍAS PICAVEA, Ricardo (1897-1898), *La Tierra de Campos. Novela original*, Madrid, Victoriano Suárez, 2 vols.
- MAINER, José-Carlos (1987), «El literato», en *¿Por qué fue importante Costa?*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses («Cuadernos Altoaragoneses de Trabajo», 7).
- MARTÍNEZ RUIZ, J. (1896), «Bocetos valencianos. Otoño», *El Pueblo* [Valencia], 18-10-1896, p. 2.
- MEDINA, Vicente (1898), *Aires murcianos (Primera serie)*; pról. de J. MARTÍNEZ RUIZ, Cartagena, Imp. de La Gaceta Minera.
- NOGALES, José (1901a), *Mariquita León. Novela original*, il. de Diéguez, Barcelona, Maucci, 242 pp.
- (1901b), *El último patriota. Novela original*, Barcelona, Maucci, 286 pp.
- PARDO BAZÁN, Emilia (1891), *Españoles ilustres. El P. Luis Coloma. Biografía y estudio crítico*, Madrid, Sáenz de Jubera, s. a.
- PASO, Manuel (1902), *Nieblas. Poesías*, pról. de Joaquín DICENTA, «Entrepáginas» de José ORTEGA MUNILLA, Madrid, R. Velasco, impr. [S. A. E.].
- PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael (1966), *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones.
- QUERAL Y FORMIGALES, Pascual (1897), *La ley del embudo*, Madrid, Fernando Fe [2ª ed., introd. y notas de Juan Carlos ARA TORRALBA, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1994].
- RIZAL, José (1886), *Noli me tangere (Novela tagala)*, Berlín [eds. peninsulares, Valencia, Sempere (1902); otra ed. posterior, corregida y aumentada con semblanza del autor y anotaciones de R. SEMPANAU, Barcelona, Maucci, s. a., 2 vols.].
- (1891), *El filibusterismo (Novela filipina)*, Gante [ed. peninsular, Barcelona, F. Granada, s. a. (h. 1904)].
- RIZO Y PENALVA, Ismael (1893), *Un cacique. Novela original*, Valencia, Ramón Ortega/Madrid, Fernando Fe.
- ROMERO TOBAR, Leonardo (1977), «La novela regeneracionista en la última década del siglo», en Mercedes ETREROS et al., *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*, Madrid, CSIC, pp. 133-209.
- SÁNCHEZ DÍAZ, Ramón (1901), *Mis viajes*, Madrid, Fernando Fe.
- (1906), *Juan Corazón*; pról. de Joaquín COSTA, Madrid, Fernando Fe.
- SÁNCHEZ VIDAL, Agustín (1984), «Una patria de tinta: el legado novelístico de Costa», en G. J. G. CHEYNE (ed.), *El legado de Costa*, Zaragoza, Diputación General de Aragón.
- SERRANO, Carlos (1982), «Prologue régénérationiste: Valladolid, 1897», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XVIII/1, pp. 215-228.
- (1983), «“Roman de Castille” et régénération nationale: de *La Tierra de Campos* à *El problema nacional* de Ricardo Macías Picavea», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XVIII/1, pp. 215-228.
- (1985), «Hacia la reforma agraria: Maeztu, Unamuno y la meseta castellana (1898-1899)», en *La España de la Restauración*; ed. de José Luis GARCÍA DELGADO, Madrid, Siglo XXI, pp. 345-365.
- THACKER, Shelby G. (1992), *The regenerationist essay in Spain, 1890-1901*, Lexington, The University of Kentucky, 255 pp.